

ELSA PUNSET

Alas para volar



Elsa Punset

Alas para volar

ÍNDICE

Prólogo.....	9
Superar la infancia.....	19
La segunda parte de la vida.....	49
El rastreador de caminos.....	71
<i>Red flags</i>	81
Aquí no es	95
Imagina	103
El cuerpo sabe	115
La brújula de la alegría	131
365 días para decir la verdad.....	155
Ama tu soledad	165
Guerra o paz.....	181
Los amores averiados.....	191
El club de los gorriones.....	217
Vuelve a la naturaleza	231
Epílogo.....	249
Agradecimientos	251

PRÓLOGO

Encontré una cría de gorrión en el umbral de mi puerta. Debió de caer de algún tejado. Tenía apenas una semana de vida. Estaba medio desplumado y paralizado de miedo, quieto en la acera, en medio de una plaza por la que transitan personas, coches y gatos.

Me agaché y lo tomé en mis manos. Me miraba con grandes ojos desconcertados. «¿Qué hago? ¿Adónde voy?», parecían preguntar.

Me recordó a mí.

«Déjalo donde lo encontraste —me aconsejaron—. Ya se las arreglará.»

La mitad de las crías de gorrión sobreviven cuando caen del nido. La otra mitad muere. Si el gorrión hubiese caído en un jardín o en el campo, podría haber sobrevivido. Lo sensato hubiera sido dejarlo allí. Pero en aquella plazoleta de pueblo no tenía ninguna oportunidad.

O sí. ¿Me tenía a mí?

Dicen que un pájaro siempre trae un mensaje. Así que, contra la opinión mayoritaria, decidí escucharlo y acogerlo en casa.

Su llegada alteró de manera inesperada mis recién estrenadas vacaciones. Siempre he sido alegremente optimista. Pero ese verano, algo se había quebrado en mí. Emergía sin ganas de vivir de una relación desequilibrada y dolorosa que me había dejado exhausta. Durante años, me había ido apagando sin apenas darme cuenta, recortando poco a poco mi espacio y mi voz.

Cuando encierras a un gorrión, prefiere morir. A los humanos nos es demasiado fácil resignarnos a un medio vivir.

Fue solo el detonante, pero encendió en mí una búsqueda más profunda. Necesitaba comprender, reparar y rectificar.

Intuí que requería primero un paréntesis largo, un tiempo de paz para recuperarme. Necesitaba hacer cosas sencillas y físicas: bañarme en el mar, caminar por la playa, cocinar y disfrutar de la familia y de los amigos que en los días de verano llenan la casa.

Mi casa es una antigua frutería que anida en el corazón de un pueblo gallego. La compré porque al

entrar en ella sentí que «aquí, cabemos todos». Y así fue. En la frutería cabemos todos, incluso un pajarillo desplumado y vulnerable.

Poco podemos hacer a lo largo de nuestras vidas para aliviar el dolor o la soledad de los demás. Cuidar de un gorrión puede parecer poca cosa, pero es una forma humildemente palpable de mostrar respeto por la vida con mayúscula, por el milagro que supone emerger de la nada y sobrevivir.

Ayudar a un ser de tu propia especie es algo natural y fácil. Ayudar a un miembro de otra especie es una experiencia que te transforma, porque te enseña que todos los seres vivos necesitamos lo mismo: comida, cobijo, cariño.

Cuando te vinculas con otro ser en apariencia tan diferente a ti, ganas una familia entera, porque descubres el vínculo profundo que nos une a todos los seres vivos en la Tierra.

En cada gesto, los humanos dejamos un legado de amor o de indiferencia.

Elegí el amor. Así que llevo semanas conviviendo con un gorrión tímido en casa. Me observa fijamente con sus enormes ojos. En las crías de pájaros, como en los bebés humanos, los ojos crecen antes que el cuerpo. Por eso mi gorrión parece todo mirada.

Hemos tenido que empezar de cero para intentar comprendernos.

El tiempo que me ocupa esta pequeña criatura es, objetivamente, insensato. Hago un esfuerzo discreto pero constante para que nadie en casa se dé cuenta de que mi vida se centra en torno a él. Hablo poco del gorrión, como si no existiera, pero me ocupa casi entera.

Tras las primeras veinticuatro horas en casa sin abrir el pico, ya por fin agarra con fuerza la jeringuilla que le tiendo con una mano mientras lo anido en la otra.

No es fácil de imaginar, pero una cría de pájaro requiere cuidados intensos. Siento renovado respeto y admiración por todos los pájaros que crían en el mundo. De entrada, en las primeras semanas de vida, hay que alimentarlo cada hora. Ya no tengo tiempo de apuntarme a excursiones o planes. Salgo corriendo a hacer la compra después de la primera toma del gorrión, sobre las ocho de la mañana. Por las tardes, si la marea lo permite, voy un momento a la playa y encajo un baño en el mar entre las tomas del gorrión.

Su vida parece pender de un hilo, y cada mañana entro en el baño donde duerme sin saber si ha sobrevivido a la noche. Cada mañana es un alivio, una pequeña victoria de la vida sobre la muerte.

A medida que se fortalece, enriquezco su pasta de cría con gusanos secos, yema de huevo cocida y semillas trituradas.

Tengo la extraña sensación de que el gorrión vive porque yo deseo intensamente que lo haga, porque él siente que me importa de verdad. Por si es mi energía la que lo sostiene, no dejo que esta decaiga. Le hablo, le canto, lo alimento. No puedo evitar ni una sola mañana los madrugones, porque los pájaros no pueden retrasar su primera toma después de la larga noche de ayuno, y eso me mantiene en vilo. Casi siempre me despierto antes que él y espero pacientemente en la cocina a que amanezca y me llame piando al otro lado de la puerta del baño.

Si mi madre se entera, me mata.

En la naturaleza, los pájaros viven su vida y nosotros apenas reparamos en ellos más allá de su canto o su vuelo.

Pero cuando una vida depende de tu mirada atenta, todo cambia. En un momento en el que yo había perdido mi brújula, cuidar a este pequeño pájaro frágil y testarudo me ha recordado lecciones esenciales.

El gorrón depende de mí, pero mantiene su distancia. «Estamos juntos en esto», parece decir con la mirada, «pero no somos amigos: somos compañeros en esta jaula».

Y en esa convivencia silenciosa me recuerda lo esencial: debes vivir con todo lo que tienes, aunque nadie crea en ti, aunque te digan que no se puede. Escuchar tu instinto, seguir tu propio camino, no dejar que otros te aparten de lo que llevas escrito dentro.

No se puede vivir con las alas rotas.

Los cuidados del pájaro me han traído una ráfaga de memorias, recuerdos de veinte años atrás, cuando criaba a mis hijos. El pequeño nació con la cara llena de granos, y las personas que se asomaban a su cuna me miraban con cara de pena al levantar la mirada. Igualmente, la falta de plumas del pájaro resulta incómoda a quienes nos visitan. Parece más bien un ratón, y lo miran de reojo desde la puerta del baño sin saber qué decir.

Aun así, aunque nadie lo comprenda, sientes por tus crías un amor feroz. Cuidar del pájaro ha sido volver a esos años en los que te desdibujas y dejas que otro ser dependa completamente de ti, te invada.

Será por agotamiento, pero cuidar de mi pájaro me está ayudando a dejar de compadecerme y soltar las recriminaciones del pasado.

Amar es un regalo. Quiero escribirlo en mayúsculas en todos los espejos de mi casa.

El que lo entiende es mi fiel compañero, mi perro Blai. El verano pasado, Blai tuvo una infección y se quedó sordo. Hemos aprendido a comunicarnos sin palabras, con gestos y caricias, mirándonos a los ojos, siempre pegados el uno al otro. Blai asiste a la crianza del gorrión con absoluta indiferencia y solo protesta si intento dejarlo al otro lado de la puerta del baño cuando le doy al pájaro su comida o sus primeras clases de vuelo.

Así que este verano somos tres: un pájaro desplumado, un perro sordo y yo, una persona agotada, pero con una misión.

He volcado silenciosamente en este pequeño destello de vida emplumada todo mi amor por la vida. He conjurado de nuevo el soplo del optimismo y de la esperanza. He decidido retomar el camino y no ceder al cansancio y a la tristeza.

Y la vida, sigilosa y ligera como un aleteo, poco a poco vuelve a mí.